

15 DE OCTUBRE
DÍA DE LAS ESCRITORAS

LECTURA: Palabras de MUJER

Biblioteca Municipal
de San Zoilo
18:00 horas

MODERA
Carlos Lanzat

COLABORA

- Centro de Participación Activa
- CEPER Ignacio de Toledo
(Club de lectura)
- Taller de escritura creativa
- Loli Carmona y Teresa Pérez del Pino
- Grupo "Pulso y Púa" de la Sociedad
Excursionista de Antequera




Ayuntamiento
de Antequera

ANTEQUERA
Directa a tu corazón


unesco
Sitio de los diálogos
de Antequera
Inscrito en la Lista del
Patrimonio Mundial en 2016

Tesoro inesperado | Por Rosa Arjona

Julia, camina despacio en la tarde otoñal, mientras siente el primer aire fresco de la recién estrenada estación, recuerda y analiza las últimas horas vividas.

Ella que creía saberlo todo sobre Hortensia, acababa de descubrir sus insospechadas dotes literarias y poéticas. Alrededor de una docena de cuadernos ordenados minuciosamente fueron los delatores...

Hortensia era la dueña de la casa que ella y otros familiares estaban desalojado para su venta.

Siempre había sido el verso suelto de la familia. Igual solucionaba un problema que lo provocaba... Maestra por vocación, alegre y cariñosa por naturaleza, en su paso por la vida había dejado bonitas huellas. Podía ser junco o ciprés, sin perder sus maneras y saber estar —junco con lo relativo, ciprés con lo absoluto—. Aunque nunca fue madre, un desgraciado accidente truncó su matrimonio al año escaso de la boda, el gran instinto maternal que tenía lo derrochó a raudales entre sus alumnos y sobrinos. Su vida fue plena y no plana. Se convirtió en la madrina familiar, todos terminaron por llamarla así.

Ahora Julia lleva en el bolso los escritos de Hortensia, un tesoro inesperado, que disfrutará en la intimidad comenzando por un sencillo poema que le ha conmovido mientras los hojeaba:

*Las chispitas de sus ojos,
se tornaron humedad.
Su risa no era campana
ni ágil su caminar.*

*La noche de sus cabellos
se tiñó de claridad.
Dejó de soñar caminos,
se volvió convencional.*

*Perdió el protagonismo,
invisible se volvió,
mas no le supuso trauma,
le sirvió de diversión.*

*No tenía que preocuparse
del decir de los demás.
Total, si no la veían,
se volvió libre y audaz.*

*Perdió su curiosidad
y ganó serenidad.
Aprendiendo a andar despacio
y a ver, en vez de mirar.*

*Sin apenas darse cuenta,
Penélope se volvió.
Y tejiendo y destejiendo
su último tiempo pasó.*

*Más no esperaba a Ulises,
ni a ningún otro galán.
Serenamente esperaba
de la comedia el final.*

Hacía un día espléndido. El sol brillaba por doquier y la humilde malva abría sus pétalos para dar con sus colores un poco de alegría al ajado ribazo donde crecía ajena al paso del tiempo. Desde su atalaya vio como trascurrían las décadas sin que nada cambiase en su entorno, ¿o si había cambiado? Era cierto que ella continuaba floreciendo cada año en aquella ladera del camino, junto a las longevas encinas donde anidaban los triguerillos que picoteaban sus semillas, pero... ¿acaso no era todo distinto? Rebuscó en su memoria y unas gotitas de rocío se posaron en sus hojitas. Eran lágrimas al recordar los tiempos pasados, aquellos en los que el camino no estaba asfaltado y era recorrido por multitud de viandantes.

Pensó en José, el buhonero que siempre paraba allí a darle un pequeño descanso a su burra Camila antes de llegar a casa, tras un día llevando de cortijo en cortijo sus mercancías. José tenía cataratas y veía muy poco, por eso nunca reparó en ella, ni tampoco en las margaritas que la acompañaban en el ribazo. Dejaba a la burrita pastar un rato en las hierbas más altas y él mientras se sentaba allí junto a ella. Acariciaba a Lucera, la perrita que se echaba a su lado y así permanecía un buen rato, como si no tuviera ganas de regresar a casa. Un día las lágrimas de José la mojaron y ya nunca más regresó.

Pasando otra página encontró a los niños de la Trini que tantas veces cogieron sus semillas para hacer collares con ellas. Eran muy traviesos pero a ella le gustaba verlos jugar y ensuciarse mientras correteaban tras las mariposas. Añoró las tardes de paseo de las chicas jóvenes que pelaban la pava con el pretendiente de turno. Era bonito contemplar aquellas miradas inocentes llenas de ilusión mientras apenas se tocaban la mano tímidamente, eran otros tiempos.

Luego llegaron las máquinas ampliando el camino, las apisonadoras, el alquitrán, el asfalto, los numerosos coches, siempre con prisa y ella se quedó allí contemplado como los sucios humos la hacían estornudar a cada momento, este año es de los peores. La falta de lluvia la tiene muy triste ya que apenas puede florecer y los pétalos carecen del color luminoso de otros años.

A lo lejos oye canciones de Navidad, seguro que algunos chiquillos están cantando felices. Ella vuelve sus pequeños pétalos hacia el sol y sonrío. Es fuerte y nadie la arrojará de su amado ribazo donde continuará esperando tiempos mejores.

Hay besos que pronuncian por sí
solos
la sentencia de amor condenatoria,
hay besos que se dan con la mirada
hay besos que se dan con la
memoria.

Hay besos silenciosos, besos nobles
hay besos enigmáticos, sinceros
hay besos que se dan sólo las almas
hay besos por prohibidos,
verdaderos.

Hay besos que calcinan y que hieren,
hay besos que arrebatan los
sentidos,
hay besos misteriosos que han
dejado
mil sueños errantes y perdidos.

Hay besos problemáticos que
encierran
una clave que nadie ha descifrado,
hay besos que engendran la tragedia
cuantas rosas en broche han
deshojado.

Hay besos perfumados, besos tibios
que palpitan en íntimos anhelos,
hay besos que en los labios dejan
huellas
como un campo de sol entre dos
hielos.

Hay besos que parecen azucenas
por sublimes, ingenuos y por puros,
hay besos traicioneros y cobardes,
hay besos maldecidos y perjuros.

Judas besa a Jesús y deja impresa
en su rostro de Dios la felonía,
mientras la Magdalena con sus besos
fortifica piadosa su agonía.

Desde entonces en los besos palpita
el amor, la traición y los dolores,
en las bodas humanas se parecen
a la brisa que juega con las flores.

Hay besos que producen desvaríos
de amorosa pasión ardiente y loca,
tú los conoces bien son besos míos
inventados por mí, para tu boca.

Besos de llama que en rastro
impreso
llevan los surcos de un amor vedado,
besos de tempestad, salvajes besos
que solo nuestros labios han
probado.

¿Te acuerdas del primero...?
Indefinible;
cubrió tu faz de cárdenos sonrojos
y en los espasmos de emoción
terrible,
llenáronse de lágrimas tus ojos.

¿Te acuerdas que una tarde en loco
exceso
te vi celoso imaginando agravios,
te suspendí en mis brazos... vibró un
beso,
y qué viste después...? Sangre en
mis labios.

Yo te enseñé a besar: los besos fríos
son de impasible corazón de roca,
yo te enseñé a besar con besos míos
inventados por mí, para tu boca.

Desde que tengo uso de razón, siempre, ¡que yo recuerde!, la casa aledaña a la nuestra, estuvo vacía y abandonada a su suerte, el tiempo, las inclemencias, y el pasar de los años la iban deteriorando cada vez más. Y lo que en su día pudo ser un bonito palacete, hoy apenas se sostenía. La vegetación quizás en su momento de belleza ornamental, se veía ahora dominada por una madreselva que lo devoraba todo a su paso, incluida la casa.

Se dio el caso, que por aquella fecha conocí a un nuevo amigo del instituto, Francisco, Paquito para los amigos, risueño, de gran desparpajo y divertido, pronto conectamos (probablemente por nuestro carácter muy parecido) y una tarde lo cité en casa para presentarle a mis padres; merendamos un rico chocolate y bizcocho que nos preparó mi madre. Luego subimos a mi cuarto. A través de mi ventana, se podía vislumbrar los patios y parte trasera de aquel edificio colindante y con intriga, decidimos bajar a echarle un vistazo; yo solo nunca me atreví, pero con Paquito podría resultar una aventura.

Diligentes, nos colamos por una pequeña fisura cerca de la reja de entrada, avanzamos con dificultad por la espesa vegetación, con intención de bordearla y encontrar un acceso franco a esta vivienda; hallamos una puerta carcomida, él miró por el ojo de la cerradura, para ver que había detrás, impaciente le pregunté: ¿Qué ves?, ¿qué hay?, Paquito me sonrió y me dijo: ¡Chaval, aquí hay tema...! Sin dilación, una fuerte patada dio al traste con la ya precaria madera, abriéndose a nuestra vista un mundo cautivador por explorar. Las paredes llenas de humedades habían favorecido la proliferación de flora, tomando completamente el espacio interior de aquel recinto; infinidad de plantas epífitas y hiedras las tapizaban. Atravesamos la entrada, el suelo estaba alfombrado con una fina capa de distintos brotes rastreros; puertas, ventanas, incluso el mobiliario que quedaba, se cubría de ramilletes de flores coloridas, pero que, a diferencia del exterior en estado salvaje y descuidado, aquí parecía que hubieran sido sembradas adrede, de forma exquisita y cuidada. Un patio central procuraba la suficiente luminosidad para propiciar la fotosíntesis de todo aquel vergel jamás visto. Las distintas dependencias se situaban alrededor de dicho patio, donde había un estanque repleto de nenúfares y jacintos; las columnas del atrio revestidas con inmensas ramas de glicinias trepadoras, creaban por algunos lados, un falso techo de color malva y olor a vainilla. Cada rincón estaba matizado por algún tipo de planta o tallo que conjuntamente convivían, y con primor revestían cada recoveco, llenándolo de una belleza sin igual; un bálsamo de olores y ricas fragancias perfumaban todas las estancias. Impresionados, no dábamos créditos a lo que veíamos, nunca podíamos habernos imaginado tanta preciosidad en aquel interior. El ambiente era fresco, distinto, envolvente. ¿Cómo era posible ese remanso de paz dentro de ese lugar?; parecía que todas aquellas plantas hubieran escogido aquel sitio para desarrollarse, y mantenerse ocultas, alejadas de la mano (en ocasiones dañina) del humano, un jardín botánico «auto protegiéndose».

¡Paquito y yo lo tuvimos muy claro!, después de disfrutar un rato más de ese «refugio», nos fuimos de allí, y dejamos que la naturaleza siguiera su curso, sin volver a molestarla...

Es escribir a alguien
o lanzarse al silencio,
a nadar en lo oscuro,
a encender una llama
aunque ahoguen las dudas.
¿Carta a lo que no existe?
Hay buzones alados
que se disparan solos
y un correo sin pistas
ni trayecto seguro.

Eludir el camino
que todos conocemos.
Seguir hacia adelante
ruta de los que intentan
lo que nunca pensaron
y se sienten felices
porque hay algo distinto,
porque se desvanece
de pronto lo que sobra
y no existe el vacío
si queremos colmarlo.

CANTAR DE LA LUNA VACÍA | María Teresa León (Las Sinsombrero)

¡Calla, mi bien! No grites, no llores
no tengas miedo de la noche oscura
no te agarres a mí con los temblores
del que ha visto un león en la espesura
y le asustan los ojos brilladores.

Y a soñar con los ángeles de oro
¡duerme, duerme, mi niño!
Teniendo el corazón hecho ternura
en las estrofas pasa más dulzura
¡canción de cuna que rimó el cariño!

La voz ya no resuena
calmando los temores
del hijo ¡esa es su pena!
que al cielo sus amores
Dios se llevó esta nochebuena.

Ya no calma en la noche tenebrosa
del hijito el pavor
que del rosal florecido, la rosa,
se llevó el segador.
La guadaña implacable que siega
lo mismo el bien que el mal
no ha visto que al cortar el capullo
agostaba el rosal.

TODO SE APACIGÜE | María Zambrano (Las Sinsombrero)

Que todo se apacigüe como una luz de aceite.
Como la mar si sonríe,
como tu rostro si de pronto olvidas.
Olvida porque yo he olvidado
ya todo. Nada sé.
Cerca de ti nada sé.
Nada sé bajo tu sombra, amarilla
simiente del árbol del olvido.
Y todo volverá a ser como antes.
Antes, cuando ni tú ni yo habíamos nacido.
Pero, ¿nacimos acaso?... O tal vez, no,
todavía no.
Nada, todavía nada. Nunca nada.
Somos presente sin pensamientos.
Labios sin suspiros, mar sin horizontes,
como una luz de aceite se ha extendido el olvido.

Recita: María Teresa Cabrera

PERSEGUIR UN SUEÑO | Por Heminia Moreno

Cuando era una niña, en la soledad de mi habitación, soñaba con ser una cantante famosa, que llenara teatros y estadios viajando por todo el mundo, incluso que me premiaban con discos de oro y me rodeaba de un séquito de aduladores con solo pronunciar mi nombre.

Pero la niña creció, se convirtió en una jovencita con algo más de madurez y la realidad me hizo ver que para triunfar en la vida necesitas dos cosas, talento y suerte, algo que yo no poseía. Así que muy a mi pesar aparqué para siempre lo de ser cantante.

Me tuve que conformar con los teatros que organizaba el cura del pueblo con la idea de recaudar fondos para la iglesia. Pero mi imaginación no paraba e influenciada por mi cercanía al párroco (era además mi profesor de religión) empecé a soñar con ser monja, irme a países del tercer mundo para ayudar a los pobres o recluirme en un convento para dedicarme a cultivar la tierra o hacer repostería para subsistir.

Este sueño me duró poco. Me gustaban demasiado los guateques con mis amigas y los jovencitos de mi edad. Todo ello incompatible con la vida de recogimiento y oración que se le supone a una monja. Así que dejé de imaginar por un tiempo y me dediqué a estudiar, que era lo que tocaba, me gustaba hacerlo y no se me daba mal, sobre todo, las asignaturas de Ciencias. Aunque me esforzaba en vivir el día a día sin pensar en el futuro, mi imaginación iba por libre y no me hacía ni puñetero caso, me veía con la carrera terminada, ejerciendo de médica o en un laboratorio investigando posibles remedios para enfermedades incurables. La medicina era una profesión que me encantaba.

No obstante, una cosa son los sueños y otra la realidad.

Por motivos, que no vienen al caso, tuve que dejar los estudios.

Os mentiría si dijera que no me dolió. Fue frustrante tener que decir adiós a mi sueño. Me consolaba saber que otras como yo habían abandonado y terminaron detrás de un mostrador de un supermercado o en una tienda de ropa.

Pasados unos años y casi sin darme cuenta, me encontré casada, rodeada de cacharros de fregar, camas por hacer y facturas que pagar a fin de mes. Después vinieron los biberones y los pañales que había que cambiar continuamente. Para mí esto no era un sueño ni una opción, aunque no lo descartaba en el futuro. No es que no valore la labor de las amas de casa y el sacrificio que hacemos por nuestra familia. Nos convertimos en el nexo de unión de todos los que nos rodean, haciendo a la vez de enfermera, psicóloga, cocinera, niñera, educadora sin horarios ni retribución alguna, solo nos mueve el amor hacia todos nuestros seres queridos.

Aunque ninguno de mis sueños se cumplieron seré la eterna soñadora y disfrutaré cada momento que la vida me ofrece sin pensar en lo que tuve que dejar atrás.

EL AIRE DEL AYER

El aire se estremeció
cuando te vio aparecer,
¿ eras tú ? o era yo
viendo el tiempo del revés.
Te acercabas poco a poco,
deseándote querer,
tu sonrisa iba abriendo
la cadencia de tus pies.
Me miraste con dulzura,
con dulzura te miré,
cuántos años han pasado,
preguntaste, pregunté,
y el aire de otro tiempo
pasó fugaz por tu piel,
por mi memoria lejana,
por tus bellos ojos de miel,
sonrieron tus arrugas,
creo que las mías también,
igual de guapa que siempre,
tú también estás muy bien,
nos mentimos con ternura,
el amor miente tan bien,
nuestras miradas miraban
desde el aire del ayer.

Antonio Vera Ruiz
Antequera 13 diciembre 2021.

LA MALETA

La maleta de madera
en aquel tren de carbón,
siempre al Norte,
que en el Norte
había una vida mejor.
La maleta de madera,
de madera y de temor,
casi vacía de todo,
pero llena de ilusión
porque sus hijos tuvieran
pan, progreso, formación.
La maleta de madera,
de madera y de sudor,
en Cataluña, Alemania,
en esos mundos de Dios,
siempre lejos de los suyos,
donde está su corazón.
La maleta de madera,
de madera y de dolor.

Antonio Vera Ruiz
Antequera 5 Enero 2020.

AL CIELO

Porque sé yo que mi madre
se asoma desde el cielo,
miro al cielo cada día
y al cielo le mando un beso,
es tan hermoso besar,
dar y recibir besos,
que el primero de la mañana
lo doy a mi madre presto,
porque sé yo que mi madre
está asomada en el cielo.

Antonio Vera Ruiz
Nerja 17 septiembre 2024.

LUISILLO

Eras un niño tan dulce,
y tan triste tu dulzura,
tan honda y desamparada,
huérfana desde la cuna.

Jugábamos en la calle,
hacíamos mil travesuras,
cuando llamaban las madres,
tu madre no era ninguna,
y en tu mirada miraba
una profunda amargura,
una cruel necesidad
de amor y de ternura.

Compañero de mi infancia,
dulce niño sin fortuna,
que fortuna es tener madre,
y no conociste a la tuya.

Antonio Vera Ruiz
Granada Navidad 2018

Como si innumerables horquillas oprimieran su cabeza y esa incomodidad le impidiera concentrarse e ir plasmando en la blanca pantalla del ordenador palabras bien enlazadas, así de desmoralizada se enfrenta Carmen a la escritura de su nueva novela. Debe cumplir el contrato con la editorial y presentar el borrador definitivo a finales de año. Plazo máximo para la presentación del libro a un concurso de literatura comercial. Aceptó ese acuerdo presionada, traspasando la valerosa línea roja de sus principios como escritora.

Su mente se puede comparar con un bosque de tocones que, antes de enfermar, aun disfrutara de un paraje de hermosas especies de árboles adultos y majestuosos. Pero bajo presión Carmen suele bloquearse. Ya son varias semanas suspendida sobre un oxidado garfio del que no consigue soltarse. Por norma, se impone un horario temprano muy estricto y, de manera paulatina, va desplegando originales brotes de ideas que van arraigándose en el texto que la absorbe.

Sin embargo, esta mañana Carmen ha limpiado sus gafas por quinta vez y ha ido al baño otras tantas. A veces, una pequeña interrupción la vuelve a conectar, con mejor disposición de ánimo, a la insoportable empresa en la que se ha convertido su proyecto impuesto. Mira por la ventana que ilumina su mesa. Unas palomas picotean en uno de los tejados vecinos, extendiendo y replegando sus alas con esa habilidad innata de las aves que tanto le fascina. Esta visión la estimula, pues parece que sobre su cabeza se ha abierto una burbuja de imágenes, entre las que destaca la figura de un misterioso hombre con gabardina, cuyo andar rápido agita, ayudado por un fresco y desapacible viento, los bajos del abrigo. El inesperado protagonista va pisando fuerte aplastando las hojas ocreas que han colonizado el suelo que crujen al descomponerse. El tipo parece huir, pero de qué. Lleva un papel en la mano: ¿llevará impreso una despedida definitiva...?, ¿O quizá un ultimátum a modo de soborno...? Carmen ajusta sus gafas al entrecejo, señal de que ha dado un sólido primer paso. Entonces, decidida, empieza a teclear con seguridad.

No es pedir tanto| Carmen Parejo

Yo no quiero concertinas ni fronteras.
La tierra es para todos, como el aire.
Yo no quiero armas en manos de la patria
aniquilando inocentes a su paso.
Yo no quiero ser ellos, los de al lado,
que aprendieron del mal, del exterminio.
No quiero mirar para otro lado, dar la espalda.
Solo quiero salvar algo...
Escribir y dejar en algún sitio un leve rastro,
un rastro de esperanza no de odio
donde no haya lugar para injusticias,
solo compasión.
No es pedir tanto.

Carmen Parejo

La foto

En la foto estamos todos: mis hermanos, mis primos y tíos, mi abuela y mi madre, joven, guapa, sonriente. Detrás, como un telón de fondo, el jazminero azul y los sanpedros florecidos. Tiempos felices cuando la vida aún estaba intacta y todas las ilusiones por estrenar.

Tomada en la casa del pueblo, es el retrato en blanco y negro de un verano, uno de tantos que pasamos allí como golondrinas que vuelven cada año. Testimonio de un día cualquiera en el que los niños nos bañábamos en las balsas y merendábamos pan y chocolate a la sombra de las parras.

En la siesta, hora sagrada del silencio, leíamos *Mujercitas*, *Corazón*, *Ivanhoe* o las novelas ilustradas de Julio Verne, mientras por las ventanas abiertas entraba el rumor incansable del agua que corría por las acequias. Al caer la noche, cansados de jugar, correr, pelearnos y volver a ser amigos, sentados en el umbral de la puerta, buscábamos constelaciones que los mayores nos señalaban, contábamos Perseidas o escuchábamos embelesados los cuentos del enano Pirrión y las historias de la guerra que perdieron.

La foto la encontré dentro de una novela de Ana M^a Matute, en la «sección de las escritoras», que era como mi madre llamaba, entre bromas y veras, a la estantería donde colocaba las novelas de sus autoras favoritas. Allí estaban Emilia Pardo Bazán, Laura Esquivel, Carmen Laforet, las hermanas Brontë, Isabel Allende, Jane Austen... De esa estantería leí *El río*, *Cumbres Borrascosas*, *Nada*, *Emma*, *La casa de los espíritus*, *Como agua para el chocolate* y tantas otras que me acompañaron en el tránsito a la edad adulta.

Ahora las guardo con el resto de las cosas que un día fueron tuyas. Con cada caja que cierro y precinto siento de nuevo el desgarró de su pérdida. Me consuela que la muerte no se lo llevó todo; me quedan sus libros, su sonrisa que la foto ha hecho inmortal y el amoroso recuerdo de, como dijo el poeta, «aquellos días azules y aquel sol de la infancia».

M^a Teresa Becerra López

IGNIS | Teresa Pérez del Pino

Silenciaste mi voz
por miedo a que tuviera
la suficiente fuerza para ser escuchada.
Negaste que mi mente se alimentara
de historias y verdades,
impidiendo que me armara,
escondiendo mi placer
entre los pliegues de la vergüenza,
guardando bajo llave la libertad,
que deseaba volar libre.
Me quemaste buscando que fuera un recuerdo
perdido entre las llamas.
Mis cenizas se desperdigaron en el aire
y en el tiempo, junto con mi espíritu,
alimentando,
colándome a lo largo de la extensión
que llamaban humanidad,
en esa engrasada maquinaria
que parecía no detenerse.

En mí viven las que fueron,
las que son
y las que serán.
En nosotras vive el coraje, la fuerza necesaria
para romper la rueda.

Sin stock | Teresa Pérez del Pino

Tus besos sabían a confort:
a sueños compartidos bajo sábanas de franela
en una fría tarde de invierno.
Esos malditos besos,
que pasaron de ser novedad
a tener el sabor de especialidad de la casa.

Tus abrazos se sentían hogar.
Tú acabaste por sentirte hogar.
Fuera primavera, verano, otoño o invierno.

Fuera aquí o en la Luna.
A pesar de las caídas y tropiezos,
volvíamos a casa.
Y tontamente,
jamás pensé que aquel beso
pudiera ser el último.
Que esos abrazos se acabaran por sorpresa
bajo el cartel “*sin stock*”.

Cuando todo acabó
me quedé sola bajo la lluvia;
con los ojos mojados
y mis trastos en la calle.
Sin ninguna llave
con la que volver a entrar
ni palabras ocurrentes que decirte.
Sin paraguas con el que parar ese golpe.

Todo acabó por desvanecerse.
Bajo las lágrimas de la lluvia
y todas las cartas de amor que ya no escribiría.

Andalucía. Señora
que pasea por las playas
de tantas bellas culturas
que conforman su semblanza.

Andalucía se mece
en el columpio de plata
que tejieron tantos pueblos
dándole su idiosincrasia.

Los fenicios, los romanos,
los griegos. Todas las almas
que convivieron en ella
dejando su huella clara.

Los árabes nos legaron
la hermosura de la Alhambra,
la magia de la Mezquita
donde duerme la sultana.

Andalucía es un pueblo
que sabe vivir en calma,
que dialoga, que pasea,
con una cultura sana.

Los pintores, el flamenco,
adornan también su cara
que no hay otra más bonita
Tierra con tanta elegancia.

Que cada provincia tiene
a las puertas de su casa
un lugar donde acoger
al peregrino que pasa.

Andalucía es cultura,
es armonía y se palpa
en el sentir de sus gentes
el buen vivir, la templanza

que tantos pueblos nos dieron
dejándonos la constancia
de tanta y tanta cultura
de la armonía y la calma

Andalucía se mece
en el columpio de plata
que tejieron tantos pueblos
dándole su idiosincrasia

Antequera | Loli Carmona

Antequera en la tarde y tras los montes.
¡Detente, viajero, en tu camino!

Esa vega anchurosa, que aparece
en la tarde rendida ante tus ojos,
es de Antequera y sabe de rumores,
de ríos implacables

Tiene una Peña erguida, enamorada,
crónica de historia y que recuesta
su cabeza ondulante entre los campos
que el Guadalhorce besa.

Tiene en sus tierras duros labradores
que saben de la vida y las estrellas,
y una huerta de frescor apacible
donde el alma se templea.

Arriba está el castillo, que vigila
la ciudad y su vega.
Entra en ella, viajero, y no te turbe
la antigua fortaleza.

Ni el replicar continuo
de continuas iglesias,
ni los patios sombríos,
ni las mujeres bellas.

Sábetelo solamente
que estás en Antequera.

VIVO SIN VIVIR EN MÍ | Santa Teresa de Jesús

Vivo sin vivir en mí,
y de tal manera espero,
que muero porque no muero.

Vivo ya fuera de mí
después que muero de amor;
porque vivo en el Señor,
que me quiso para sí;
cuando el corazón le di
puse en él este letrero:
que muero porque no muero.

Esta divina prisión
del amor con que yo vivo
ha hecho a Dios mi cautivo,
y libre mi corazón;
y causa en mí tal pasión
ver a Dios mi prisionero,
que muero porque no muero.

¡Ay, qué larga es esta vida!
¡Qué duros estos destierros,
esta cárcel, estos hierros
en que el alma está metida!
Sólo esperar la salida
me causa dolor tan fiero,
que muero porque no muero.

¡Ay, qué vida tan amarga
do no se goza el Señor!
Porque si es dulce el amor,
no lo es la esperanza larga.
Quíteme Dios esta carga,
Más pesada que el acero,
Que muero porque no muero.

Sólo con la confianza
vivo de que he de morir,
porque muriendo, el vivir
me asegura mi esperanza.
Muerte do el vivir se alcanza,
no te tardes, que te espero,
que muero porque no muero.

Mira que el amor es fuerte,
vida, no me seas molesta;
mira que sólo te resta,
para ganarte, perderte.
Venga ya la dulce muerte,
el morir venga ligero,
que muero porque no muero.

Aquella vida de arriba
es la vida verdadera;
hasta que esta vida muera,
no se goza estando viva.
Muerte, no me seas esquivia;
viva muriendo primero,
que muero porque no muero.

Vida, ¿qué puedo yo darle
a mi Dios, que vive en mí,
si no es el perderte a ti
para mejor a Él gozarle?
Quiero muriendo alcanzarle,
pues tanto a mi Amado quiero,
que muero porque no muero.

**Recitan: Ana Cecilia Monteza
y Milagros Montenegro**

Desde las Áreas de Cultura y de Mayores del Ayuntamiento de Antequera, queremos destacar la importancia de recordar, reconocer y dar voz a todas aquellas mujeres escritoras que han dejado una huella imborrable en la historia de la literatura.

Agradecemos profundamente la participación de todas las personas que han formado parte de esta actividad, por su tiempo, entrega, dedicación y, sobre todo, por la ilusión con la que han compartido este proyecto. Gracias también por el cariño con el que nos han acercado los textos literarios que eligieron para que pudiéramos disfrutarlos.

Queremos destacar también, a quienes se atrevieron a compartir sus propias creaciones, regalándonos una parte de sí mismos y enriqueciendo aún más esta experiencia.

Poner en valor nuestra cultura seguirá siendo siempre una fuente de inspiración para nosotros, con el deseo de que todas y todos podamos sentirnos parte de ella.

Gracias CEPER Ignacio de Toledo; Centro de Participación Activa; Taller de escritura creativa, Loli Carmona, Teresa Pérez, Carlos Lanzat, Coqui Martín, Maite Cabrera; Grupo de Pulso y Púa de la Sociedad Excursionista, y a todos aquellos que con su presencia han hecho posible este espacio de encuentro y expresión.